

LOS GUARDIANES EN
LA CIUDAD DE LAS
MENTIRAS



LIAN
TANNER



Goldie continúa su entrenamiento en el misterioso Museo de Coz para convertirse en una de sus guardianes. Pero el secuestro de Bonnie los arrastra hasta la ciudad de las mentiras, donde no se podrán fiar de nada ni de nadie...

La esperada continuación de *El museo de los ladrones* por fin ha llegado.

Para mis hermanos,
Robert, Nigel y Michael Tanner,
con cariño

EL MUSEO DE COZ

Historia oculta

La leyenda de Frisia, la princesa heredera de Merne, es bastante singular. Hubo un tiempo en que la gente la consideraba un cuento de hadas. Pero hoy en día se ha vuelto muy famosa, ya que jugó un papel decisivo en la vida de Goldie Roth, la quinta guardiana del Museo de Coz.

Frisia era una princesa guerrera, diestra con el arco y con la espada, y una líder innata. Le tocó vivir en un lugar que, en aquella época, era uno de los más peligrosos del mundo: la corte real de Merne.

En aquellos tiempos, la corte estaba repleta de intrigas y maquinaciones. Detrás de la mayoría de ellas se encontraba la doctora del rey, una mujer ambiciosa que trabajaba en secreto para Graf von Nagel, el señor de la guerra insurrecto. Esta doctora, con el apoyo de los miembros de la guardia real, intentó asesinar en varias ocasiones a Frisia y a su padre, el rey.

Frisia sobrevivió a todas estas maquinaciones y lideró un pequeño ejército contra Von Nagel y sus seguidores. El resultado de la batalla nunca quedó esclarecido. Hay quien afirma que Von Nagel fue derrotado y murió a manos de Frisia, que le atravesó el corazón con su espada. Otros dicen que la que murió fue la princesa, y que su cuerpo se lo llevaron las fieras del campo, que se habían sublevado para combatir a su lado.

Nadie sabe qué fue de la doctora.

UN MENSAJE DEL MUSEO

El grito despertó a Goldie Roth de un sueño profundo. Se incorporó de inmediato, creyendo por un instante que los horribles acontecimientos de hace seis meses se estaban repitiendo, cuando Alhaja se encontraba al borde de la invasión y su amigo Flemo estuvo a punto de ser asesinado ante sus propios ojos.

Entonces oyó los susurros de su madre en el cuarto de al lado y comprendió que su padre acababa de tener otra pesadilla. Se levantó de la cama, se envolvió en una bata y corrió hacia la habitación de sus padres.

—¿Papá? —dijo—. ¿Estás bien?

Su padre le sonrió débilmente desde la maraña de sábanas en la que estaba envuelto.

—Siento haberte despertado, cielo —murmuró.

—Tu padre ha tenido un mal sueño —dijo su madre—. Pero ya pasó. —Ella también sonrió, aunque se le habían blanqueado los nudillos y le temblaban los dedos.

A Goldie se le partió el corazón al ver cómo intentaban aparentar que no pasaba nada. Recolocó las sábanas y arropó a su padre. Ojalá pudiera hacer algo más por él.

—¿Estabas soñando otra vez con la Casa del Remordimiento? —le preguntó.

Su padre hizo una mueca. Cruzó con su esposa una mirada cargada de angustia y tristeza.

Habían pasado poco más de diez meses desde que los dos fueron encerrados en las mazmorras de la Casa del Re-

mordimiento. Jamás le contaron a Goldie lo que les ocurrió allí, pero las secuelas que les quedaron eran evidentes.

Su padre tenía unas pesadillas espantosas. Su madre to-sía con tanta fuerza que a veces parecía estar a punto de ahogarse. Los dos estaban muy flacos, e incluso ahora, pe-se al tiempo que había transcurrido desde su liberación, te-nían cara de cansancio a todas horas, como si algo los estu- viera consumiendo por dentro.

A Goldie le encantaría hablar de ello, pero sus padres nunca le daban oportunidad de hacerlo. Se limitaban a sus- pirar y a cambiar el tema de conversación.

—Ho... hoy has recibido un mensaje, cielo —dijo su pa- dre, mientras se incorporaba a duras penas—. ¿Dónde lo habré dejado? Era del Museo de Coz.

Esta vez fue Goldie la que hizo una mueca, aunque lo disimuló tan bien que su padre no se dio cuenta. La embar- garon los recuerdos: Flemo, con el cuerpo cubierto de ba- rro, dándose la vuelta hacia ella y riendo. El tacto de una cálida lengua canina sobre la cara, y una voz grave que bra- maba: «Eres tan valiente como un iracán...».

No sin esfuerzo, Goldie salió de su ensoñación. Su pa- dre estaba intentando alcanzar un trozo de papel que había en la mesilla de noche.

—Aquí está. —Arrugó la frente—. Es de Herro Dan y Ol- ga Ciavolga. ¡Al parecer quieren que seas la quinta guardia- na del museo!

«La quinta guardiana del Museo de Coz...». Goldie sintió un arrebato de nostalgia tan repentino y tan intenso que se le entrecortó el aliento. No dijo nada, pero su padre de- bió de percibir en su rostro algún eco de esa emoción.

—¿Quieres... quieres ser la quinta guardiana, cielo? Por- que...

—Porque si es así —le interrumpió la madre—, nosotros te apoyaremos.

—¡Claro que te apoyaremos!

—Pero es que...

—Es que es una responsabilidad muy grande —dijo su padre—. Nos preocupa que no estés preparada.

—Y además... —añadió su madre, agarrándole la mano a Goldie—, además tendrías que pasar mucho tiempo fuera de casa.

Empezó a toser. Goldie le dio unas palmaditas en la espalda e intentó dejar de pensar en el Museo de Coz, y en las ganas —unas ganas tremendas— que tenía de convertirse en la quinta guardiana.

—Sin embargo —añadió su padre, mordiéndose el labio—, es posible que Herro Dan y Olga Ciavolga necesiten tu ayuda con urgencia. En cuyo caso...

—En cuyo caso, no deberías dudar —dijo su madre. Intentó soltarle la mano a Goldie, pero no fue capaz—. Tu padre y yo hemos estado hablando de ello.

—Así es —coincidió su padre—. Y los dos estamos de acuerdo. ¡Si te necesitan, debes acudir a su llamada!

Goldie estaba a punto de llorar. Sus padres estaban haciendo un gran esfuerzo para ser justos con ella, pero era evidente que no les gustaba nada la idea de que su hija se ausentara de casa, aunque fuera poco tiempo. Así que, desterrando de su mente la nostalgia, dijo:

—En realidad no les hago falta. Cuentan con la ayuda de Sinew y Flemo.

Su padre frunció el ceño, deseando creer las palabras de su hija.

—¿Estás segura?

—Si decides quedarte en casa, no lo harás por nosotros, ¿verdad? —preguntó su madre, que seguía sin soltarle la mano—. No debes hacer eso. Queremos que seas feliz.

«Una cálida lengua canina sobre su cara...».

Goldie sonrió.

—Y soy feliz —afirmó. Y como estaba acostumbrada a mentir, pareció que lo decía de verdad.



Goldie se quedó haciendo compañía a sus padres hasta que volvieron a quedarse dormidos. Después salió de puntillas de la habitación, se puso el blusón, las medias de lana y la chaqueta, y salió por la puerta principal.

En el fondo, diez meses no eran tanto tiempo. Pero a Goldie, mientras corría por el silencioso barrio antiguo hacia la casa de Flemo, le parecieron una eternidad. Hace diez meses estaba sujeta a una cadena de custodia plateada que la mantenía unida a sus padres o a uno de los tutores sagrados. No podía ir sola a ninguna parte, y estaba prácticamente tan indefensa como un recién nacido.

Pero entonces se escapó y se refugió en el Museo de Coz. Y durante los meses que pasó allí, maduró. Más aún, se convirtió en una ladrona excelente y en una mentirosa sin igual. Aprendió los tres métodos del mimetismo y el canto primigenio, y a actuar con una valentía inquebrantable, incluso cuando estaba muerta de miedo.

Esas lecciones colmaron el vacío que tenía en su interior, y no tardó en sentirse como en casa entre las paredes del museo. Lo único que echaba en falta eran sus padres, que estaban encerrados en la Casa del Remordimiento, recluidos por el Adalid, que era el líder de los tutores sagrados.

¿Y por qué los encarcelaron?

Goldie dobló la esquina que conducía al canal del Buque.

—Por mi culpa —susurró.

Hace diez meses, la fuga de un niño era considerada delito en Alhaja. El Adalid no logró capturar a Goldie, pero no le costó nada sacar a sus padres de su cama y llevarlos ante la corte de los Siete Benditos. Allí fueron juzgados y condenados por ser los padres de una delincuente.

«Fue culpa mía», pensó Goldie. «Todo lo que les pasó fue culpa mía».

Había llovido durante la noche, así que la vereda del canal del Buque estaba cubierta por un manto de barro resbaladizo. Goldie se detuvo ante la casa de Flemo, inspiró hondo y lanzó una piedrecita hacia la ventana que se alzaba sobre su cabeza. Después volvió a esconderse entre las sombras y esperó.

Mintió cuando les dijo a sus padres que en el Museo de Coz no la necesitaban. Claro que la necesitaban, para que les ayudara a vigilar los peligrosos secretos que contenía entre sus muros.

Pero sus padres también la necesitaban, y Goldie no podía abandonarlos.

Agarró el broche de esmalte que llevaba prendido del cuello del blusón, el mismo que hace mucho tiempo perteneció a su tía Elogia. Pero el pajarillo azul con sus alas extendidas no le reportó consuelo alguno.

Su padre pensaba que solo había llegado un mensaje desde el Museo de Coz, pero se equivocaba. En los últimos meses, Goldie había recibido más de una docena, y en todos ellos le preguntaban cuándo iba a ocupar su puesto como quinta guardiana.

Hoy les daría la respuesta:

«Nunca».

LOS SECUESTRADORES DE NIÑOS



—¿Nunca? —exclamó Flemo con incredulidad.

Goldie tragó saliva. Sabía que iba a resultar duro, pero estaba siendo peor de lo que esperaba.

—No. Nunca.

Mientras hablaba, sintió un cosquilleo entre los omóplatos. Giró la cabeza y divisó una pequeña silueta que se escondía. Alguien les estaba siguiendo. Flemo no se había dado cuenta.

—Pero si tú quieres ser la quinta guardiana —dijo—. ¡Se te nota!

—Ya, pero...

—¿Qué te lo impide?

—¡Ya te lo he dicho! Mis padres...

Flemo la interrumpió.

—Sin contarme a mí, ¡no ha habido ningún guardián nuevo desde hace doscientos años! ¿Cómo puedes desperdiciar una invitación como esta?

—No la estoy desperdiciando...

—¡Claro que sí! ¡Mira esto! —añadió Flemo, ondeando el brazo izquierdo—. ¡Ni grilletes, ni cadenas de custodia! ¡Nos hemos librado de todo eso! Se supone que somos libres, pero ahora tú... —Dejó la frase a medias y miró a Goldie con cara de pocos amigos—. ¡Esto es absurdo!

Dolida, Goldie le fulminó con la mirada.

—¡Tú no lo entiendes!

Flemo frunció el ceño y Goldie se preguntó por qué se había molestado en sacarle de la cama. Llevaban meses sin verse, había olvidado lo molesto que podía llegar a ser. Lo mejor habría sido ir directamente al museo.

La vocecilla de su conciencia susurró: *Flemo tiene razón. Naciste para ser la quinta guardiana. Es tu destino.*

Goldie la ignoró, igual que ignoró a Flemo. No podía abandonar a sus padres, y no había más que hablar.

Los dos niños siguieron caminando en silencio, enfadados. Goldie no vio a nadie por la calle, a excepción de esa silueta oscura que seguía al acecho.

Cuando cruzaron el puente del Viejo Arsenal y empezaron a subir por la colina que conducía al museo, el silencio quedó roto por unas fuertes pisadas que se acercaban. Goldie titubeó, de repente se puso nerviosa. Había algo amenazador en esas pisadas, y si hubiera estado sola, se habría escondido en el portal más cercano hasta que el desconocido hubiera pasado de largo.

Pero el ceño fruncido de Flemo era como un desafío.

«Piensa que me voy a esconder», pensó. Así que alzó la cabeza y siguió caminando.

Las pisadas se volvieron más ruidosas. Las estaban produciendo unas botas con suelas claveteadas al pisar sobre los adoquines. Bajo la luz de los faroles de acuagás, Goldie vio a dos hombres ataviados con unos chubasqueros largos que avanzaban por mitad de la carretera. Uno de ellos era un tipo inmenso y fornido, con el pelo rubio y despeinado. El otro era más bajito, con el rostro anguloso. Cuando pasaron junto a los niños, se quedaron mirándolos fijamente, como si fueran carniceros inspeccionando a un par de terneros rollizos.

A Goldie se le erizaron los pelillos de la nuca. Pero tras esa penetrante mirada inicial, el tipo del rostro anguloso pareció perder interés. Su compañero y él cruzaron el puente y desaparecieron en la oscuridad.

Flemo frunció todavía más el ceño. El nerviosismo de Goldie dejó paso a una sensación de fastidio. Se dio la vuelta y exclamó:

—Ya puedes salir, Linda.

Se oyó un grito de sorpresa procedente del puente, entonces una niña bajita con el pelo oscuro salió a la luz de los faroles. Le asomaba el camisón por debajo del babi, y llevaba en la mano un arco viejo y un carcaj. Flemo se quedó mirando a su hermana pequeña.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Linda no se amedrantó.

—Voy a ir con vosotros al museo. Os llevo siguiendo todo el camino y no te habías dado ni cuenta.

—Claro que sí.

—No, de eso nada, porque si no me habrías mandado a casa. —Linda sonrió—. Goldie estuvo a punto de verme, pero me escondí a tiempo.

—Cerca de la terminal —dijo Goldie—. Cuando te resbalaste.

Linda se quedó chafada. Flemo descargó su ira contra Goldie:

—¿Sabías que nos estaba siguiendo y no me avisaste?

Goldie se encogió de hombros. Aún estaba enfadada con él.

—No le pasará nada, mientras no se aleje de nosotros.

—Tampoco me pasaría nada aunque estuviera sola —replicó Linda, mostrando su arco—. Estoy armada.

—Seguro que te dispararías en un pie —dijo Flemo—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio Olga Ciavolga. Dijo que se me daba muy bien, y que algún día podría convertirme en una arquera profesional, como la princesa Frisia.

Por la cara que puso, quedó claro que Flemo no sabía de quién hablaba.

—Ya sabes, la princesa guerrera de Merne —añadió Linda—. Tienen un cuadro de ella en el museo. Vivió hace qui-

nientos años y era muy valiente. Unos asesinos utilizaron un gas venenoso para intentar matar a su padre, que era el rey, y ella lo salvó. Era la mejor arquera del mundo. Y yo seré como ella. He estado practicando.

Flemo puso los ojos en blanco.

—Eres un incordio, Linda. Seguro que al salir despertaste a papá y a mamá.

—¡De eso nada!

—Vamos a tener que llevarte a casa...

—No hay tiempo —interrumpió Goldie—. Tenemos que ir al museo.

—Y si nos cruzamos con algún enemigo por el camino —dijo Linda—, le puedo disparar.

Flemo soltó un bufido.

—Seguro que no le acertarías ni a una casa.

—Claro que sí. Podría darle... —Linda miró en derredor—, podría darle a ese poste de madera. El que sostiene el farol de acuagás, al otro lado del puente. Si lo consigo, ¿me dejarás ir con vosotros?

—Ni lo...

—Sí —dijo Goldie—. Si le das, podrás acompañarnos.

Flemo apretó los dientes.

—Ya va siendo hora de que te vayas a casa, ¿no crees, Lindita?

Su hermana sonrió con sorna.

—Solo me llamas así cuando crees que vas a perder.

—Dejadlo ya —dijo Goldie—. Vamos, Linda, dispara de una vez.

Linda sacó una flecha de su carcaj, la encajó cuidadosamente en el arco y giró sobre sí misma hasta quedar de perfil hacia el farol de acuagás, con las piernas separadas y la cola de la flecha encajada entre los dedos. Dobló el brazo derecho hacia atrás hasta que su mano quedó a la altura de su mejilla. Levantó el arco, después lo bajó un poco.

Todos se quedaron en absoluto silencio. Entonces Linda abrió los dedos, la cuerda del arco emitió un sonido hueco

y la flecha voló sobre el puente y se clavó con firmeza en el poste. Linda sonrió satisfecha y bajó el arco. Flemo no se lo podía creer.

—Ha sido de chiripa.

—¿Quieres que lo haga otra vez? Puedo hacerlo diez veces seguidas, si quieres.

—No —se apresuró a decir Goldie—. No hace falta, puedes venir con nosotros.

—Espera, tengo que ir a recoger la flecha —dijo Linda, y antes de que Goldie pudiera detenerla, echó a correr por el puente.

Flemo hizo amago de salir tras ella.

—Voy a llevarla a casa.

—No puedes —dijo Goldie—. Hiciste un trato con ella.

—No. El trato lo hiciste tú. Yo no he dicho en ningún momento que pudiera acompañarnos.

—No seas tan cabezota. Ya sabes que no le va a pasar nada.

—¿Ah, no? —exclamó Flemo, furioso—. Me alegra que estés tan segura. Pero tú no eres la responsable de su seguridad, ¿verdad?

—No, pero...

—Pues yo sí, y digo que se vuelva a casa. —Después giró la cabeza para gritar—: ¿Lo has oído, Linda? Te vuelves a casa.

—Pero ¿por qué? —Llegados a ese punto, Goldie también había empezado a gritar de pura impotencia.

Faltaba poco para que amaneciera. A este paso no conseguiría llegar al museo, lo que significaría que tendría que volver a dejar a sus padres solos una noche más.

—Porque es demasiado pequeña —respondió Flemo—. Solo tiene diez años.

Goldie meneó la cabeza con incredulidad.

—Siempre hay que hacer lo que tú dices, ¿verdad? Pues muy bien, acompáñala a casa, pero no cuentes con que me quede a esperarte.

—¿Y quién te ha pedido que me esperes?

—Vale, entonces me voy.

—¡Pues vale!

Se sostuvieron la mirada unos segundos más, después Goldie se dio la vuelta y empezó a subir por la colina, furiosa. Una piedra traqueteó sobre la carretera, por detrás de ella, como si alguien le hubiera pegado una patada.

«¡Ja!», pensó Goldie. «Si Flemo estaba ya de mal humor, espera a ver cómo se pondrá ahora». Redujo un poco el paso, esperando a que le llegaran los ecos de las protestas de Linda. Pero lo único que oyó fue la voz de Flemo, quebradiza como las alas de una mariposa:

—¿Go... Goldie?

Goldie se dio la vuelta. Flemo se encontraba en el otro extremo del puente, observando algo que había en el suelo.

Había refrescado de repente. Con un nudo en el estómago, Goldie bajó corriendo por la colina y cruzó el puente. Y allí, bajo la penetrante luz del farol de gas, descubrió qué era lo que estaba mirando.

Era el arco de Linda, que estaba tirado en el suelo. El carcaj se había volcado, y las flechas se habían desperdigado a su alrededor como si fueran espigas de trigo. Una de ellas estaba manchada de sangre.

No había ni rastro de Linda.